

Misterio en El Nilo

Ángeles Goyanes

Capítulo 1

Quien ha contemplado las estrellas a solas sobre la cubierta de una nave en el Nilo, sabe que no hay espectáculo comparable al abrazo del firmamento derramándose a tu alrededor con sus luces escintilantes. Desde allá arriba, la gran diosa Nut parece posar sobre sus hijos su mano gigantesca, como una madre que hace sentir a su bebé su presencia protectora. Nada puede situarnos en comunión con el universo de mejor forma. Nada puede ofrecernos más paz ni hablarnos con mayor elocuencia acerca de nuestra inmortalidad, de todas las cosas que existen, aunque aún no nos sea dado conocerlas.

Es por esto que me desperté un poco antes de lo necesario y subí a fundirme con la bóveda infinita, tomando fuerzas de ella antes de emprender la visita a Karnak con mis estudiantes.

Tenía mi lugar favorito, protegido del viento pero sin obstáculos visuales, y allí me senté, en calma absoluta, entre las cuatro y las cuatro y media de la madrugada del jueves. Permanecí un rato disfrutando de la calma absoluta y luego, renuente pero obligado, me levanté, y, a modo de despedida, me asomé por la borda y contemplé la luna reflejándose en las plácidas aguas oscuras.

Nada lo presagiaba en aquel momento, pero, exactamente en aquel mismo punto, cuarenta y seis horas más tarde, estaría a punto de arrojar el cuerpo de un hombre a las quietas aguas del Nilo.

¿Quién soy yo? Desde luego, nadie que hiciese sospechar los sucedido: un profesor de arte de veintiséis años sin mayores tendencias homicidas que las que pueda sufrir cualquier provinciano afectivamente sano, profesional y económicamente satisfecho, culto, practicante de yoga, con un selecto grupo de buenos amigos y considerable sentido del humor.

Imparto clases en un colegio bilingüe andaluz, en una zona donde los nuevos ricos han florecido al mismo ritmo que los cultivos bajo plástico. Mis alumnos, un grupo de veinte hiper hormonados de ambos sexos, están en la peor edad, dieciséis o diecisiete años. Sin embargo, les manejo bien (o ellos a mí) y por eso me escogieron como acompañante en su viaje de fin de curso.

Nuestro colegio es de esos de los que fácilmente podría extraerse el guión para una serie juvenil provista de todos los ingredientes para convertirla en un éxito, incluido un secuestro efectivo y tres abortados. Se halla enclavado en un valle reseco de difícil acceso, en medio de montañas de considerable altura. Los alumnos, con el escudo del colegio bien visible en los uniformes, consiguen llegar a él gracias a los autocares que recorren la carretera llena de curvas, estrecha y al borde de un precipicio, dos veces al día. Comen todos en el colegio, pues no existe otra opción, y según el horario asignado a los profesores, muchos corremos la misma suerte.

He impartido clases a este mismo grupo que me acompaña durante dos años. Debido a mi edad, me fue fácil adoptar la pose de coleguilla y hacerme con ellos en poco tiempo. También es cierto que, para los tiempos que corren, son bastante educados, y además, por qué negarlo, soy un buen profesor y me las apañó bien a la hora de hacer las clases amenas y

mantener su interés. Cuando un docente se siente apasionado por su asignatura, siempre logra transmitirlo.

Así pues, ajeno todavía a las facetas más oscuras de mi personalidad, descendí a la cubierta inferior bajando con cuidado los escaloncitos metálicos, que se hallaban muy húmedos y resbaladizos, y recorrí el pasillo hasta mi espacioso camarote doble de uso individual.

Teníamos reservados once camarotes dobles que me había ocupado de asignar a parejas de igual sexo, para desconuelo de algunos y algunas. Una de mis misiones durante el crucero era, según solicitó la madre de una de las alumnas durante la última junta de padres, y en palabras textuales: “Cuidar la virginidad de las chicas”. (He oído que por aquí hay lugares donde realizan la reconstrucción del himen, tal vez se refiriese a eso).

Cargado con una pequeña mochila donde llevaba una guía, el agua y ese tipo de cosas con las que cargamos los turistas, me encaminé a la recepción a las cinco menos cuarto de la madrugada, donde ya estaban mis alborozados estudiantes, y también otras personas que formaban parte del grupo de treinta personas que la agencia de viajes había creado, y que íbamos a compartir un mismo guía.

En aquel momento fue cuando la vi por segunda vez.

Marcos, uno de mis estudiantes, me dio un golpe en brazo y me preguntó:

—¿No es ésa la escritora Natalia Asensi?

Me giré hacia donde él miraba y al instante vi los ojos negros de la ganadora del Libro de Oro clavados en los de nuestro guía. Ella y sus acompañantes, dos hombres y otra mujer, acababan de entregarle la documentación.

—Eso parece —le respondí, ocultando el entusiasmo por mi suerte.

Unos meses atrás, Natalia me había firmado su libro “*La aurora y el*

crepúsculo”, en una librería sevillana. Ella ni se acordaría, pese a que yo había cometido la chiquillada de trasladarme desde Almería hasta Sevilla solamente para verla un instante. ¿Qué pensaría de mí de saberlo? ¿Que era un fan patético más crío que mis alumnos, una amenaza para la felicidad de su viaje? No quería ni pensarlo. Al instante me juré no dejarle ver que sabía quién era. Si llegábamos a cruzar una palabra no sería yo quien iniciase la conversación. A no ser el último día del viaje. En el momento de la despedida, cuando ya no fuese a sentirse amenazada por la presencia de un fan histérico a bordo, tal vez le preguntase por su próxima obra.

Desvié la mirada, pues tan poco quería que sus acompañantes me pillasen observándola con aquella fijeza. Estos eran dos hombres y otra mujer. Me pregunté si alguno de los dos jóvenes sería su novio. Uno de ellos tenía buen aspecto, el otro parecía un alfeñique.

Pronto estos pensamientos se disolvieron en medio de la avalancha de preguntas que me lanzaba el corrillo de alumnos que empezó a formarse a mi alrededor. ¿A qué hora volverían al barco? ¿Qué harían por la tarde? ¿Cuándo debían reconfirmar los vuelos de vuelta? ¿Era peligroso beber el agua en Egipto? ¿Había cocodrilos en el Nilo? ¿Era verdad que había que levantarse a las cuatro de la mañana si se quería visitar Abu Simbel? ¿Cuánto costaba la conexión WIFI? Por el amor de Nut..., eran agobiantes. Les dejé claro que tales preguntas debían hacérselas a Hassan, el guía, y no a mí, el garante de la virginidad cuya única misión consistía en proteger el himen de las féminas. Se partieron de risa.

Por fin, Hassan nos indicó que había llegado el momento de la partida. Mis chicos lo pasaron de miedo atravesando la estrecha y temblorosa pasarela metálica con agarraderos hechos con cuerdas de tender la ropa. Luego anduvimos unos metros y, en seguida, nos encontramos dentro del templo de Karnak.

Era mi segundo viaje a Egipto y me gustaba poder contemplar sus miradas vírgenes (ninguno de ellos tenía otra cosa en ese estado) maravilladas frente a la grandiosidad de Karnak.

La primera vez resulta inolvidable, aunque el espectáculo no había perdido para mí un ápice de estremecedora majestuosidad.

Mientras esperábamos a que Hassan se pusiera de acuerdo con el guía local que nos haría la visita, levanté la vista al cielo. Amanecía en el templo de Karnak. Durante unos minutos, los dos ojos de Ra compartían el firmamento. En lo alto, la sobria palidez de la luna creciente se difuminaba ante mis ojos, mientras, volviendo la mirada al horizonte, enmarcada por las elevadas columnas del templo, la gigantesca bola de fuego emergía del vientre de Nut con fascinadora magnificencia. Abajo, sobre la tierra que yo tenía la fortuna de estar pisando, las amarillentas luces de los focos ascendían como abanicos por las paredes y columnas de color papiro.

El grupo, silencioso y aún adormilado, ya se había congregado alrededor del guía del templo. Una treintena de caras ojerosas, adormiladas, casi ausentes. Me uní a ellos.

El hombre comenzó sus explicaciones. Era egipcio, pero hablaba un español casi perfecto. Ponía el alma en lo que decía, haciendo que la imaginación de uno se colmase de vida, de aventura, de emoción, al evocar las antiguas historias de los dioses. Véía el templo en su plenitud, lleno de la alegría y colorido prestados por las vivas pinturas que todo lo cubrían, el lago sagrado rodeado de cuidadísimos jardines por los cuales pasearían al atardecer los sacerdotes dedicados al culto de la tríada y realizarían sus ritos nocturnos. Amón, Jonsu y Mut, la tríada tebana a cuyo culto se había dedicado aquella inmensa construcción que los ilusos turistas aspirábamos a conocer en una excursión de menos de dos horas; un kilómetro y medio de largo por ochocientos metros de ancho. Mito tras mito, historia tras historia

narrada en un bosque de columnas. Y apenas tiempo suficiente para advertir la grandeza, para intentar orientarse en tan vasta dimensión.

El guía hablaba y hablaba a un auditorio robotizado que dirigía la mirada a donde él señalase. Arriba a la derecha, allá en el centro, un poquito a la izquierda..., y las cabezas iban y venían intentando en vano ver lo que él indicaba. No había tiempo para nada, ni siquiera para pararse a sacar las anheladas fotos, menos aún para las cámaras de video. Si alguien se demoraba más de lo que él imponía perdería la siguiente explicación, cuando no el barco. El horario debía cumplirse imperativamente. La nave no podía demorar la partida del muelle un solo minuto, ni siquiera por el grupo entero. Otros barcos esperaban para anclar en su puesto. Si alguien se perdía, Hassan no podría, aunque quisiera, perder tiempo buscándole.

Así es el turismo de masas del siglo XXI; muy distinto al señorial placer descrito en las novelas de Agatha Christie.

Tiempo después, noté como la viveza descriptiva del guía descendía y dejaba de insuflar entusiasmo para recitar una especie de lección aprendida, a la vez fascinante y tediosa: *“La parte más extraordinaria del templo es sin duda esta imponente sala hipóstila, con sus ciento dos metros de ancho, sus cincuenta y tres metros de profundidad y sus ciento treinta y cuatro columnas de veintitrés metros de altura cuya decoración revelaba el nombre de las divinidades a las que el faraón consagraba ofrendas. Los capiteles en forma de papiros abiertos tienen en la cumbre una circunferencia de casi quince metros y podrían dar cabida a unas cincuenta personas. Durante la XIX dinastía, ochenta y una mil trescientas veintidós personas entre sacerdotes, guardianes, obreros y campesinos trabajaban para el templo de Amón. Varios faraones se sucedieron en la realización de la sala hipóstila: Amenofis III mandó erigir las doce columnas de la nave central que sostienen los*

arquitrabes; Ramsés I dio comienzo a la decoración, que fue continuada por Seti I y Ramsés II.”

Mis alumnos recorrían la sala con su atónita mirada intentando comprender y confirmar visualmente los datos y, en vano, retenerlos en la memoria. El número de las columnas, ciento treinta y ¿cuántas?, el alto de las columnas, dijo veintialgo, cincuenta personas caben allá arriba, pues no lo parece, dinastía ¿XIX?, ¿Qué faraón mandó hacer qué? Se hallaban sólo en el comienzo de una constante que se repetiría a lo largo de todo el crucero, aunque el interés por no perder palabra fuese desmayando conforme aumentaba el empacho de dioses, tumbas y jeroglíficos.

Llegados al lago sagrado, el guía nos condujo cerca del vértice noroeste, donde se halla la enorme figura del escarabajo que representa a Jepri, el sol de la mañana, y nos dejó tiempo para dar a su alrededor las tres vueltas que nos garantizarían la realización de un deseo. Ante tan mágica promesa, mis alumnos parecieron resucitar y empezaron todos el periplo en torno al gigantesco bicho, entre risas y chascarrillos. No hay turista que se resista a los rituales mágicos ni nada que nos provoque mayor alegría que una estatua a la que besar, un hueco mágico donde meter la mano, unos azulejos encantados sobre los que saltar o una efigie poderosa a la que dar vueltas. Era justo lo que necesitaban para acabar de despertarse, ahora que ya era plenamente de día.

Yo me quedé mirándoles, sacando fotos o video a los que me lo pedían.

Durante ese rato tuve ocasión de observar al resto de miembros de nuestro grupo.

Una simpática pareja de avanzada edad a la que encontraba agradable, y una mamá de estupendo aspecto que viajaba con sus dos hijos: un niño de unos doce años y un adolescente uno o dos años menor que mis

alumnos. Ella, que se llamaba Amanda, tendría unos treinta y cinco años. Me imponía verla al mando de sus hijos. Su autoridad y personalidad firme y segura me hacían sentir torpe y avergonzado. En aquel momento Amanda y su hijo pequeño recorrían las tres vueltas mientras el mayor les immortalizaba con un diminuto modelo de cámara de video digital. Como a todos en aquel grupo, se les veía pudientes, e incluso para caminar por las ruinas, Amanda había vestido a sus repeinados hijos con pantalones y camisetas de marca.

—¡En el sentido contrario a las agujas del reloj! —grité a un par de mis alumnas.

No me había dado cuenta de que Natalia y sus amigos venían unos pasos tras ellas. Me miró y, mientras cambiaba de sentido dándose de bruces ellos, agitó una mano sonriente y me dio las gracias por la corrección. Lo admito: noté un súbito ardor en las mejillas. También vi confirmado que no me recordaba en lo más mínimo. Para entonces yo ya había averiguado cuál de los dos chicos era su novio. Para mi pasmo, el alfeñique con dientes de roedor y nariz de águila. No parecían vivir una luna de miel, eso era cierto, pero había observado cómo él la cogía de la mano sin que ella pareciese ni enterarse. Formaban una horrible e insólita pareja. Él tendría más o menos unos treinta años, como Natalia. Lucía unas entradas más que incipientes y una antipática expresión en la que dominaba un constante rictus de desagrado. Era delgado, delgado aunque flácido, pues la suya era una delgadez causada por la ausencia total de músculo, y de insignificante estatura (a Natalia, que mediría algo menos de un metro setenta, la llegaba por las cejas). Me pregunté, con asco y envidia, qué haría una escritora famosa con un esperpento así. Supuse que probablemente sería un intelectual o un artista. Alguien de profundas cualidades y talentos escondidos a quien podía perdonársele semejante

apariciencia.

Natalia, abierta, espontánea y muy simpática, hablaba con todos los que se cruzaban por su lado. No le faltaba una palabra que dirigir a ningún compañero de viaje. Parecía una persona afable y afectuosa, difícil de enfadar. Aproveché para observarla con detalle mientras charlaba con una de mis alumnas al finalizar sus vueltas al escarabajo. Estaba algo rellena, pero era de carne firme, quizá trabajada en gimnasio. Tenía el pelo negro y largo, y lo llevaba recogido en un moño informal que sujetaba con una pinza de color rojo, a juego con su camiseta. Sus ojos eran del tipo que hechiza a cualquiera. Con las cejas rectas, anchas, muy tupidas y oscuras, y la mirada enigmática, muy profunda, que dirigía sin timidez a quien le placiese.

—¡Muy bien! —exclamó nuestro guía al tiempo que daba unas fuertes palmadas—. Señoras, señores, ¡nos vamos!

El grupo, lentamente, se arracimó a su alrededor. Nos indicó el camino a tomar mientras comprobaba que los rezagados echaban a andar. Me miró con elocuencia al ver que tres de los míos se hallaban charlando con Natalia, haciéndole caso omiso. Me vi obligado a llamarles la atención con suavidad. Me hicieron caso sin siquiera mirarme, como un perro que escucha un silbato lejano. Natalia pasó a mi lado, casi rozándome con la mochila en la que estaba introduciendo la cámara de fotos, y me clavó una mirada profunda.

Era el día más intenso en visitas de todo el crucero y por la tarde cruzamos a la orilla oeste del Nilo. Allí vimos los Colosos de Mennon, el templo de la Reina Hatshepsut y el Valle de los Reyes. Por la noche estábamos agotados.

Hassan me invitó a cenar en la mesa de los guías y la tripulación, en lugar de con mi jauría, y acepté encantado. En la mesa corrió el vino más que un banquete romano —todos ellos eran coptos—, y la naturaleza humana,

ajena a razas a religiones, dio rienda suelta a sus temas de siempre.

—Ellas vienen de viaje, rompiendo con toda la rutina de sus vidas, no en busca de un príncipe azul que las aburra durante toda la vida —me explicaba Hassan con los ojos brillantes— sino de aventura, de transgresión, de mandar a la mierda las convenciones, de un polvo rápido una noche y otro a la siguiente. Créeme, es así. Hablo por experiencia propia. Llevo mucho tiempo como guía y me conozco todos los camarotes. Ya me entiendes. Ja, ja, ja. —Se acercó a mí hasta una distancia discreta y confidencial y, lanzándome su aliento alcohólico de forma tan insoportable que no pude mirarle de frente, continuó—: Amanda, la madre cachonda, va a ser mi polvazo de este viaje. Los árabes somos especialistas interpretando la mirada, y, ¿sabes lo que dice la suya? Dice: “Busco chulo que me folle con urgencia para hacerme olvidar y sentirme deseada”.

Como no podía volver la cabeza hacia él, so pena de caer ejecutado por su hediondez, me limité a añorar la compañía de mis muchachos, cuyas risas sanas, limpias y sinceras inundaban en aquel momento el comedor.

Me distraje un momento con mis pensamientos, y, cuando mis sentidos regresaron a la conversación, me di cuenta de que una de mis alumnas estaba siendo su centro. Se trataba de Marina, una chica muy tímida que resultaba exuberante sin pretenderlo, pero que para mí era sólo una niña a la que tenía un particular afecto por su inteligencia y su sencillez.

Como suele decirse en las novelas, les miré con los ojos llameantes. A veces me gustan las notas dramáticas, sobre todo cuando van a favorecer un distanciamiento de elementos indeseables, así que, no pudiendo soportar más a la caterva de apestosos borrachos, me puse en pie echando hacia atrás la silla con todo el ruido que pude y les espeté a todos:

—Estáis hablando de una chica que además de tener sólo dieciséis años es una clienta a quien deberíais guardar respeto, especialmente en presencia

de quien en este momento es su tutor legal.

Aguardé unos instantes en espera de unas disculpas que no tardaron en llegar. Fueron pura comedia, claro. Simplemente, no les convenía que me quejase a su agencia.

Luego, me acerqué a las dos mesas que ocupaban mis chicos e intercambié impresiones con ellos. Algunos ya habían terminado y me pidieron que les acompañase a la cafetería. Yo ardía en deseos de tumbarme en el silencio de mi camarote, pero me dio vergüenza admitirlo ante aquella explosión de juventud en la que no parecían influenciar el cansancio ni la falta de sueño, y acepté acompañarles.

Pese a que no había muchos, se detuvieron en todos los comercios a su paso, especialmente en la tienda de camisetas, donde estuvieron encargando que bordasen sus nombres en caracteres egipcios. Yo me aburría y me puse a hablar con el hijo pequeño de Amanda, que estaba revolviendo la ropa colgada de una de las barras que había en el exterior de la tienda. Tal vez fuese mi puerta para ligarme a su madre.

—Hola. ¿Cómo te llamas? —le pregunté torpemente.

El niño me miró con seriedad y extrañeza, como si no estuviera acostumbrado a que ningún desconocido se dirigiese a él, ni encontrase natural que ocurriera.

—Jaime —respondió el chico por fin.

Manteniendo una sonrisa forzada y tratando de impostar una voz de colega que le salía algo quinqui, continuó tratando de hacerse su amigo.

—¿Qué estudias, Jaime?

Probablemente no hubiese nada en el mundo de lo que menos le apeteciese hablar al crío en aquel momento, pero no sabía de qué hablarle, ni tan siquiera cómo dirigirme a él sin parecer ni demasiado adulto ni uno de esos idiotas que creen preciso disminuir de coeficiente intelectual para

hablar con un niño.

Jaime miró al entrometido adulto con sus enormes ojos verdosos. Se parecía mucho a su madre. Era un niño muy guapo, con un rostro amplio de piel dorada, cabello rubio y una nariz perfecta sobre sus labios encendidos.

—Primero de E.S.O —me contestó lacónicamente segundos después.

Sin duda había heredado la actitud de suficiencia y distanciamiento de su progenitora.

Desistí pronto en el intento de ser su amigo. Comprendía que sería tiempo perdido. Si de algo estaba convencido con respecto a los niños era de que, como los perros, poseían un instinto para juzgar a las personas que las conveniencias sociales echaban a perder con los años. Jaime ya habría descubierto que mi actitud era hipócrita.

Capítulo 2

Amaneció sobre el Nilo. Era el segundo día de crucero. Me levanté a las siete. En realidad, no habría sido preciso tanto madrugar. Todo el grupo sería despertado a las ocho, para desayunar a las ocho y media y salir a las nueve. Simplemente me había despertado antes.

A mediodía, durante la comida, debía acordarme de recoger los pasaportes de mis alumnos para entregárselos a Hassan. Le eran necesarios para las reservas aéreas a Abu Simbel. Salvo incidencias, no debería preocuparme de nada más, pero, sin embargo, me encontraba algo inquieto. Por la mañana visitaríamos el templo de Edfu y después

volveríamos a embarcar rumbo a Kom Ombo, cuyo templo visitaríamos al anochecer. En fin, otro día más de tranquilo turismo-ganado.

Partimos a la hora señalada sin que ningún pasajero se retrasara. Habíamos atracado en cuarta fila, de modo que tuvimos que atravesar otros tres barcos antes de salir a tierra. A las once y media habría que partir, sin un sólo segundo de retraso, de lo contrario se ocasionaría un serio trastorno a todos aquellos cruceros, que no podrían salir antes que ellos les dejaran vía libre.

Los coches de caballos que nos llevarían hasta el templo de Horus estaban parados junto al muelle. Fue una sorpresa agradable para mis chicos, y también para el hijo pequeño de Amanda, quien estaba maravillosa con la ligerísima camisa translúcida que vestía, una tela muy liviana con un dibujo de hojas verdes sobre un suave fondo amarillo que se agitaba con cada uno de sus movimientos, y a través de la cual se apreciaban con claridad sus bellas formas.

Los coches estaban tremendamente viejos y daban la sensación de ir a descomponerse en mil pedazos con la grava de la carretera. Además, parecían haber sido creados libres de cualquier protección que pudiese impedir frontal o lateralmente que el pasajero saliese despedido en caso de frenazo más o menos brusco. Era gracioso vernos asimos con fuerza a cualquier saliente que se prestase a ello

Descendimos, casi todos con alivio, pocos minutos después. Yo, que había llegado en el primer carruaje, ayudaba a descender a mis chicas. Normalmente no solía hacerlo, pero esta vez lo había ido planeando durante el trayecto, así, en cuanto llegase, correría a ayudar a Natalia, que venía en el tercer coche, sin que pareciese un favoritismo que despertara las sospechas de alguien.

En su coche iban cinco personas: ella, su novio, Amanda y los dos hijos

de ésta.

Tuve suerte, pues su novio fue el primero en bajar y, en lugar de ayudar a Natalia, se plantó como en espera de poder auxiliar a Amanda, que llevaba una bolsa grande y difícil de manejar.

El novio le tendió una mano a su hijo Jaime, que bajó riéndose de un salto, y luego a ella. Al inclinarse, su blusa se abombó permitiéndonos ver los pechos comprimidos en un sujetador de encaje de color salmón. Se percibía, incluso, la fragancia que emanaba de entre ellos, cálida, mezclada con sus más íntimos aromas. La visión duró largo tiempo, pues ella no lograba encontrar la postura adecuada para bajar, y noté que al novio de Amanda comenzaba a faltarle el aliento.

Los dos rieron cuando ella, finalmente, logró poner los pies en tierra firme, cogida de su mano. Pero luego, cuando el novio de Amanda levantó la cabeza para ayudar al hijo mayor, la expresión de odio con que se topó borró de un plumazo su risa. Borja, así se llamaba, rechazó su mano, y haciéndole apartarle con un gesto, bajó del coche sin dificultad, sin quitarle los ojos de encima, y con una voz susurrante pero acerada, le ordenó:

—No vuelvas a tocar a mi madre, subnormal. Ni te acerques a ella.

Confuso, sorprendido y avergonzado, el novio de Amanda no le sostuvo la mirada, sino que se dio la vuelta sin rechistar, olvidando que su novia aún estaba en lo alto del coche.

A ella no se le había escapado la escena. Me miró con la intensidad que solía, pero no quise hacer alusión a lo ocurrido y simplemente me apresuré a ayudarla.

Por primera vez tuve en mi mano la suya, pequeña y cálida, sensual y llena de vida, y aquel ínfimo acontecimiento supuso uno de los instantes más excitantes de toda mi vida.

Apenas le dio importancia a mi gesto y corrió reunirse con sus amigos

mientras seguía con una mirada fría a su novio. Era evidente que no era la pareja más dichosa del mundo.

Me repuse de la emoción, sintiendo aún el tacto de su mano en mi palma, y me dispuse a encabezar a mis chicos.

El guía local dio sus explicaciones habituales en el interior del templo durante aproximadamente una hora y después dejó algo de tiempo para que los turistas tomaran fotografías.

—¿Te importa hacernos una foto?

La petición vino de Natalia, que con una mano me tendía una pequeña cámara digital mientras con la otra señalaba a su amiga. Quería que el fondo de la foto fuese la entrada del templo.

Qué ojos tenía. Tan negros que era imposible distinguir la pupila de la retina. No pude evitar contemplarlos largamente y con una fijeza que a mí mismo me resultaba extraña, y durante todo el tiempo que yo lo hice ella me sostuvo la mirada con tal intensidad que parecía querer hacerme penetrar en sus pensamientos.

—¿Dónde tengo que pulsar? —le pregunté.

Ella me lo indicó, y al coger la cámara nuestros dedos se rozaron. Natalia no disimuló que este mínimo hecho pasase desapercibido, otorgándole así una importancia que me llenó de sorpresa. Me clavó su mirada brillante con una suave sonrisa etrusca, seductora.

Hice a las dos chicas una decena de fotos con diferentes composiciones. Fotos rápidas, como si fuese un fotógrafo profesional y ellas las modelos. Al acabar, la amiga se alejó unos pasos.

—¡Voy a pedirle agua a Octavio! —gritó, acercándose al escuchimizado novio de Natalia.

Ésta me cogió la cámara y permaneció a mi lado mientras comprobaba

el resultado en la pantallita. Así que Octavio. Demasiado nombre para tan poco hombre.

Entonces percibí que Natalia se acercaba a mí mucho más de lo necesario, que su cuerpo se echaba sobre el mío. Busqué su mirada, pero no me la devolvió pese a que sabía que estaba allí. Fingía estar absorta en las fotos, pasando una tras otra. Tal vez era sólo una de esas chicas besuconas y pegajosas a las que les gusta toquetear a todo el mundo y abrazarse a los desconocidos. Parecía acostumbrada a ser querida, y a corresponder de la misma forma, con naturalidad, sin temor a expresar los sentimientos. Sea como fuere, yo percibía el calor que emanaba de ella, su blandura, y me pareció en extremo agradable.

—Te han quedado muy bien —me felicitó, levantando de nuevo su profunda mirada hacia mí y dejándola allí clavada mucho más tiempo del necesario, como solía.

Parecía querer averiguar algo, extraer alguna información de mi cerebro, o quizá simplemente obtener algún dato que le indicase si yo me sentía atraído por ella, una mirada seductora quizá, o una dilatación de la pupila que en el caso de ella hubiera resultado imperceptible.

Me dio las gracias y se alejó hacia su amiga, dispuestas ambas a realizarse algunas fotos más en espera de la partida.

Me encontraba sonriendo distraídamente mientras contemplaba las posturas presuntamente faraónicas con que la escritora se hacía retratar, cuando Jaime se dirigió a mí en tono escandalizado.

—¡Mira a ese chico!

Con una mano Jaime se asía de mi brazo en demanda de atención, mientras con la otra señalaba hacia la gigantesca estatua de Horus, el dios halcón.

No tardé en ver lo que me indicaba. Octavio estaba apagando un

cigarrillo restregándolo contra la estatua distraídamente, en tanto comprobaba en la pequeña pantalla de su cámara de vídeo las últimas imágenes que había grabado.

Hay cosas que no puedo tolerar. No son muchas, pero me hacen reaccionar de forma violenta. El vandalismo contra los monumentos que pertenecen a la humanidad es una de ellas.

—¡Eh!—exclamé de inmediato—. ¡EH! —grité.

Justo en aquel momento, Octavio arrojaba la colilla a unos metros de sí.

Algunos turistas de otras nacionalidades escucharon el grito y se volvieron para ver qué pasaba. Octavio mismo alzó la mirada y vio las miradas de la gente recayendo en mí y después, atentamente, sobre él.

—¿Quiere hacer el favor de recoger la colilla que acaba de tirar? —le exigí en tono autoritario y recriminator. Siempre trato de usted a la gente que me disgusta, no importa la edad que tengan—. Está terminantemente prohibido fumar en los templos, y, por supuesto, ensuciarlos arrojando al suelo cualquier género de porquerías.

Como no me había cercado a él, pronunciaba las palabras en un tono de voz muy elevado, como un actor sobre un escenario. Tras las primeras, los turistas se habían callado y nos prestaban atención, de modo que el infractor estaba siendo el centro de las miradas, e incluso los turistas que no hablaban español habían comprendido claramente lo que ocurría. Octavio me miró durante unos instantes con una ligera sorpresa que se transmutó de inmediato en una leve sonrisa burlona. Su rostro relajado contrastaba con el mío, ardiente de indignación. Pareció meditar una respuesta que intuía retadora. Pero entonces fue consciente de que Hassan y todo el resto de nuestro grupo estaba frente a él, observándole mudo y expectante, y la sonrisa mordaz se borró de su rostro transformándose en contenida irritación. Se acercó a la zona donde habría caído la colilla intentando

localizarla en el suelo. Era preciso esforzarse para encontrarla pues, tan aplastada como la había dejado, pasaba desapercibida en el suelo de tierra. Tardó un poco en hallarla, se agachó, la recogió y la guardó en un bolsillo de su cazadora.

Algunas personas continuaron observándole todavía unos momentos, otras se dieron la vuelta no queriendo malgastar el escaso tiempo de que disponían para descubrir las maravillas del templo.

Octavio vio que Natalia sacudía la cabeza intercambiando miradas de repulsa con su amiga. Aun así, se dirigió directamente a ellas, que le esperaron para reprenderle, y echaron a andar cuando llegó a su altura. Natalia le susurró una palabra. A cierta distancia, en el movimiento de sus labios pude leer: “*Idiota*”. Octavio no respondió, continuó caminando con la mirada al frente, el cuerpo en erguida tensión y los labios apretados.

Yo aún no cabía en mí de indignación. No por la barbarie cometida, sino por el hecho de que Natalia hubiese escogido a alguien así como compañero. Descarté de plano que Octavio fuese el intelectual o artista que en un principio había supuesto. Era completamente imposible. Qué falta de sensibilidad, de educación, de respeto.

Le seguí con una mirada de odio y desprecio, imaginándole arrodillado y apresado por enormes grilletes justo en el lugar por el que ahora pasaba, un punto intermedio entre la estatua de Horus y la salida del vestíbulo templario, mientras era azotado con un látigo de cuero para escarnio público y sus gritos resonaban en cada uno de los monumentos de nuestro planeta.

—Menudo gilipollas ese tío —oí que decía Borja.

—Borja, no hables así —Amanda le reprendió en tono severo, pero bajo, comedido.

Estaban justo detrás de mí, por lo que Jaime, que regresaba de

examinar los daños infligidos a la estatua, se dirigió a mí con el parte.

—¡Le hizo una quemadura! —me dijo gravemente—. ¡Me acerqué a ver a Horus y le ha hecho una quemadura en el ala!

—No te preocupes —le respondí, comenzaba a cobrar afecto a los dos hermanos—, es obsidiana, seguramente se quitará con la lluvia.

De vuelta a los coches de caballos, se produjo un nuevo número cuando Octavio se ofreció a ayudar a subir a Amanda.

—¡Que ya la ayudo yo, tío! —profirió Borja, interponiendo bruscamente su cuerpo entre él y su madre.

Borja era muy alto y robusto, de pecho amplio y fuerte, y recio cuello en el que ahora destacaban las venas y tendones, y su frase había ardido en las mejillas del escuálido Octavio como fuego de dragón. Borja tenía los puños apretados, y toda la tensión de su cuerpo, presto a la agresión, se reflejaba en la fiera expresión de su rostro incandescente. Octavio levantó hasta el pecho los brazos en instintiva reacción de autodefensa, seguro de que el otro le iba a atacar.

—¡Borja! —le amonestó Amanda—. No te preocupes, Octavio, muchas gracias. Ya me cogen la bolsa los chicos.

Yo estaba pasmado. ¡Vaya con el chico! ¡Menuda reacción! No era normal. No. En absoluto. Lo suyo era más fuerte que un mero temor a volver a casa con un joven padrastro, algo, por otra parte, que a ningún muchacho en su sano juicio se le habría ocurrido pensar. Debía padecer un grave complejo de Edipo o algo por el estilo. Observé que, ya aposentados en el carro, Amanda tenía su cabeza junto a la de él y, a juzgar por su expresión, le regañaba en voz baja. Jaime se había colocado esta vez en el asiento de enfrente, contra la marcha, y se había dado la vuelta para contemplar al caballo.

Me encontraba tomando un café escondido en un rincón del bar que

servía de mirador de proa, pues tenía tiempo sobrado hasta que llegásemos a Kom Ombo.

Me hallaba relajado, inmerso en la contemplación de las aguas y las márgenes del río cuando unas irritadas voces vinieron a perturbarme.

—¡El niñato de mierda! ¡Me he quedado con ganas de cruzarle la cara!

La airada exclamación, llena de rabia, me llegó de estribor. Supe en seguida de quién provenía. No era muy buen fisonomista, pero jamás olvidaba una voz. Después escuché una risa.

—Mira —siguió profiriendo la misma voz, la voz de Octavio—, no me interesaba nada la coqueta mamá del enfermo ése, pero ahora, para que se joda, no voy acabar este crucero sin habérmela follado.

Su acompañante se rió de nuevo.

—Me sorprende que no la obligue a llevar un burka cubriéndole la cara —apuntó—. La verdad es que la mamá está mazo buena.

—Pero es una estirada.

Se hizo un silencio. Supuse que se encontraban apoyados sobre el cristal, mirando hacia el exterior. No me parecía, por la procedencia del sonido, que se hubiesen sentado. Rogué que no doblasen la esquina hasta donde yo me encontraba.

—¿Dónde estará ahora? —preguntó Octavio—. Imaginaba que a lo mejor habían venido aquí. ¿Habrán subido a la cubierta?

—Posiblemente sí. Salvo que se hayan quedado descansando en el camarote.

—La cubierta estaba muy concurrida ayer —comentó pensativamente—. Tal vez el hijo pequeño haya querido bañarse en la piscina. Mencionó durante la comida que se había traído un bañador. Subamos a ver.

Insonoros pasos se alejaron sobre la moqueta y yo respiré aliviado.

Capítulo 3

A las cuatro y media de la madrugada del jueves, todo el grupo nos hallábamos en el autocar en ruta hacia el aeropuerto. Yo me sentía muy cansado. La visita al pequeño y ruinoso templo de Sobek, en Kom Ombo, había transcurrido sin complicaciones hacía sólo unas horas. Durante la noche la nave había recorrido los cuarenta y cinco kilómetros que separan Kom Ombo de Asuán, donde se toma el corto vuelo hasta Abu Simbel. Sólo la pareja mayor había preferido seguir descansado a pegarse el madrugón para ir a Abu Simbel. Lo cierto era que pese a su atención a todo lo que les rodeaba no mostraban el entusiasmo característico de un primer viaje a Egipto, por lo que sospeché que no lo era. Hicimos la visita como un grupo de zombis a los que nada les importara y las once de la mañana estábamos de regreso en el barco. Quedaba por delante un día muy intenso y ya los silenciosos rostros de todos acusaban un aspecto demacrado, casi atormentado.

“Si hoy es jueves, esto es Asuán”, me dije poco después, subido en una faluca rumbo a la Isla Elefantina.

En realidad, como siempre que dormía tan poco, me sentía irritado y desganado. Hubiera deseado ser un simple turista ganado en lugar de ganadero.

En la Isla Elefantina tuve que ocuparme de que mis discípulos no se dispersaran en medio de las explicaciones. Ya no les interesaban, en parte porque a esas alturas estaban hartos de la mitología de los dioses egipcios,

pero también porque el paisaje circundante era hermoso y diferente al visto hasta entonces y preferían pasear y ver el entorno antes que hacer un corro durante largo tiempo escuchando una charla que ahora se les antojaba tediosa y repetitiva.

Se rebelaron, y en segundos perdí de vista a todos ellos, que, cámaras en ristre, corrían a inmortalizar la inolvidable visita y darse besos donde yo no pudiera verlos.

Anduve un rato, pensativo, por entre las ruinas, hasta sentarme en un lugar apartado, sobre los restos de una columna. Me había acometido un ataque de nostalgia. Cuando el viaje acabase, ya nunca volvería a ver a Natalia. Probablemente me llegarían noticias suyas a través de los medios de información. Cuando ganara algún premio, cuando publicase un nuevo libro. Pero, una vez que el viaje acabase, nunca más volvería a sentir la excitante fijeza de sus ojos negros. Y ella me olvidaría por completo... Otra vez...

Era apuntar demasiado alto fijarse en una mujer como aquella. Una mujer que viviría rodeada de artistas, intelectuales, famosos y millonarios. Que ni consideraría la posibilidad de tener una relación sentimental con un miembro de la plebe como yo.

Octavio pasó ante mis ojos. Iba fumando, como cada vez que tenía ocasión. Inhalaba el tóxico humo como si le sumergiese en un éxtasis. Era repugnante.

No se había percatado de mi presencia. Caminaba muy lentamente, mirando al suelo con atención, como si buscase algo. Al cabo de unos minutos, se agachó y recogió una piedra de aspecto pesado y buen tamaño. Después, continuó paseando con la cabeza inclinada hacia el suelo, examinándolo con cuidado. Yo le seguía con atención, sabiendo que aquello no iba a acabar en nada bueno.

Octavio paró y se sentó sobre los restos de un capitel, con la gran piedra en una mano y su cigarrillo en la otra. Miró relajadamente a la lejanía, hacia el lago, mientras apuraba sin prisa las últimas caladas.

Yo no hacía ningún ruido, no quería desvelar mi presencia. La zona estaba desierta salvo por nosotros dos, pues los turistas, quizá por falta de tiempo y temor a perderse, solían quedarse alrededor del templo y sus edificios circundantes, sin alejarse hasta aquella parte, donde sólo se hallaban ruinas mal conservadas.

Octavio acabó el cigarrillo y lanzó la colilla lejos de sí. Después, dando media vuelta, se montó a horcajadas sobre el capitel y, asiendo la piedra con ambas manos, lo golpeó con ella con todas sus fuerzas.

Los ojos se salían de mis órbitas, incrédulos, espeluznados, mientras la piedra volvía a caer una y otra vez sobre el capitel, arrancándole muescas y fragmentos cada vez mayores, e, irrefrenablemente, me lancé a la carrera para detenerle.

—¿Está usted loco, imbécil? —le grité.

La sorpresa de mi súbita aparición debilitó las defensas de Octavio y se dejó arrebatar la piedra de entre las manos.

—¡A gente como usted no deberían permitirle la visita a este país —grité, rojo de cólera imposible de contener—, ni a ningún monumento del mundo!

—¡Y a gente como *usted* no deberían permitirle el contacto con la gente! —me gritó Octavio, a su vez, levantándose y poniéndose en guardia—. ¡Está mal de la cabeza! ¡Por un maldito pedazo de piedra tan erosionada que no se sabe ni lo que es! Sólo quería un pequeño fragmento de recuerdo. ¿A quién puede importarle, cuando han permitido que la presa sumergiera templos enteros bajo el lago?

Yo iba a contestarle con ferocidad cuando vi que Natalia se acercaba a nosotros.

–¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué gritáis? –preguntó.

–¡Pasa que tu amigo estaba expoliando uno de los más importantes monumentos de la humanidad para llevarse a su casa un recuerdo!

–¿Qué?

–Sí, guapa, créelo. Buscó un pedrusco con el que machacar la historia y lo estrelló contra ese capitel –levanté la piedra para mostrársela y luego la arrojé al suelo–. Compruébalo tú misma.

Natalia se acercó a mirar el capitel y luego, sin palabras, con una expresión más atónita que reprensora, contempló a su novio.

Octavio farfulló unos insultos contra mí, se dio la vuelta y echó a andar con rapidez.

Natalia volvió a observar el capitel, la piedra en el suelo y a mí, y luego echó a andar tras él.

Yo permanecí durante unos momentos agachado junto al capitel, valorando el destrozo.

Era cierto que nadie se daría cuenta nunca, que ni siquiera se habrían dado cuenta aunque el informe, casi irreconocible capitel, hubiese desaparecido entero. Pero no se trataba de eso, sino de una ética, de una moral connatural a un espíritu sensible, que yo no concibo que no sea innata a todos los seres humanos. De cualquier modo, cuando falta, cuando no es inherente a la persona, se hace imprescindible sustituirla por un respeto aprendido, por una educación inculcada pero indispensable. Simplemente porque esa enseñanza humaniza.

Llegaron gritos hasta mí que me sacaron de mi abstracción. Natalia estaba discutiendo con Octavio. Se habían detenido no muy lejos. No podía entender bien lo que decían porque acababa de llegar a mi lado un grupo de niños egipcios de excursión, en busca de un espacio apartado y tranquilo donde tomar su almuerzo. Decidí acercarme a la pareja. De todas

formas, ya era casi la hora de irse y debía ir reuniendo al rebaño.

Los tuve ante mi vista justo en el momento en que Octavio abofeteaba a Natalia.

Y sí, una vez más, estallé. Perdí los estribos. Durante unos instantes simplemente no me lo podía creer. Paralizado, rebobiné la escena en mi cerebro. Luego eché a correr hacia él, le agarré por los hombros insultándole y zarandeándole sin parar, y acabé la escena arrojándole al suelo como al guiñapo que era.

—¡Maldito ser grotesco! —le grité—. ¡No te atrevas a volver a tocarla!

Tumbado en el suelo, perplejo y avergonzado pero iracundo, Octavio me respondió:

—¡Hijo de puta! ¡Voy a denunciarte! ¡Voy a arruinar tu vida!

Frenó en seco sus amenazas, lleno de asco y estupefacción, cuando mi escupitajo alcanzó su ojo. Se limpió la saliva restregándose violentamente con las mangas de su cazadora, gritando, como si se tratara de ácido.

—Basura —murmuré, y, dejándole allí tirado, ridiculizado, aturdido, y colérico, me encaminé hacia el embarcadero.

“¿Mi reacción fue excesiva? —me iba diciendo por el camino—. ¿Y qué debía haber hecho? ¿Agitar el dedo índice frente al tipo malo amonestándole tranquilamente: “No, no, no, querido amigo, eso no está bien. Eso no se hace”?”

Tres o cuatro minutos después oí una carrera detrás de mí y me giré por si acaso. Era ella. Me volví y aceleré el paso.

—Espera —me pidió.

No lo hice. Estaba aún más enfadado con ella que con el disminuido aquél.

Ella me cogió de la mano. No me lo esperaba.

—Nunca creí que una mujer como tú fuese del tipo de las que se dejan

maltratar por un hombre –le dije con enfado–. ¿De qué te sirven tu inteligencia y tu independencia?

–Eh, eh, eh –contestó ella con viveza–, que él nunca me había puesto la mano encima. Y...

–Dentro de poco ya no podrás volver a pronunciar esa frase –la interrumpí, andando a toda la velocidad que me permitían las piernas–. Pero no es asunto mío. No eres precisamente una indefensa damisela en apuros, ¿verdad? Ya que eres una escritora de prestigio debo suponer que tienes inteligencia, y por lo mismo también te presupongo independencia económica. También veo que tienes amigos y probablemente parientes que te darán consejos y protección. Si tus ventajas y atributos no te sirven para evitar que ese hombre vuelva a pegarte, entonces la naturaleza hará bien en seleccionar tus genes para la extinción.

Como puede verse, a veces no me controlo demasiado bien.

Oí la risa de Natalia junto a mi hombro izquierdo, pero no me volvía a mirarla.

–Si realmente un tío intentase dominarme, ¿sabes lo que haría con él? –me preguntó Natalia.

–Supongo que debo preguntar: “¿Qué harías?” Aunque sepa de antemano que tu respuesta va a ser una bravata que nunca cumplirías.

Ella volvió a soltar una carcajada.

–No, créeme. Ya lo hice en una ocasión. Existe una sentencia judicial con la que puedo demostrarlo.

–¿Qué hiciste?

–Le rompí una botella en la cabeza –respondió orgullosa.

–De modo que no sólo te sometió como a su víctima sino que después te llevó a los tribunales y consiguió que te juzgaran culpable. Una jugada impresionante la tuya –contesté yo.

Se hizo un silencio. Natalia me miraba divertida mientras caminaba a toda velocidad junto a mí.

—¿Cómo sabes que me declararon culpable? —me preguntó.

—Tú has dicho que lo eras.

—Sí, pero, mientras él yacía inconsciente yo llamé a la policía y le denuncié por intento de violación.

—Sí, claro. Y yo me lo creo.

—Es cierto. Porque es lo que había ocurrido.

La miré fugazmente. No parecía mentir, pero tampoco me importaba.

Ante mi silencio, ella cambio de tema.

—¿Sueles viajar mucho?

Me encogí de hombros.

—A veces. Seguro que no tanto como lo harás tú para ambientar tus novelas, conocer tipos humanos y esas cosas. Y conocerás miles de personas. Gente famosa, admiradores...

—Viajo mucho, aunque nunca por esos motivos, y la mayoría de los que me rodean sólo busca venderme como una mercancía. Soy un producto.

—Un producto feliz —opiné yo.

—¿Feliz?

—Es lo que me ha parecido.

—Ah. Pues si eres capaz de juzgar si alguien es feliz o no solamente con mirarle, significa que tú conoces bien la felicidad. ¿Es así?

—Yo conozco el contento, la tranquilidad, la alegría pasajera... —Acabábamos de llegar al embarcadero. Casi todos sus turistas esperaban ya para subir a las barcas—... y el momento de poner fin a una conversación filosófica, por mucho que me pese.

—No has mencionado lo más importante para la felicidad. ¿Y el amor? ¿Conoces el amor? —me preguntó ella.

Me detuve y la miré, por fin, directamente a los ojos con ironía.

—¿Un amor como el que tú tienes conduce a la felicidad?

—Tú no sabes nada de eso —respondió. Su voz denotaba que comenzaba a sentirse molesta.

—Tienes razón.

Regresamos a la motonave. Octavio no había hecho mención pública de lo sucedido. Por un momento había temido que organizase un escándalo.

Después de comer me tumbé un rato en la cama, y, bien entrada la tarde, fui a dar un paseo por el mercado de Shari es Suq con tres de mis alumnos. Tomamos un coche de caballos que nos llevó hasta allí, y luego, recorrimos a pié sus calles, asaltados a cada paso por los dueños de las tiendas y puestos. Especies, recuerdos para turistas, papiros, ropas, carnicerías y tiendas de alimentos ancladas en la edad media, todo atraía mi interés como si fuese la primera vez que lo veía.

Los chicos compraron azafrán y algunas otras especias, y un surtido de incensos, respondiendo a los encargos que les habían hecho en Madrid, y luego regresamos lentamente al muelle con los paquetes, asaltados a cada paso por tenaces hordas de niños pediguieños que nos rodeaban extendiendo sus manos oscuras y gritando en incansable letanía:

—¡Un euro! ¡Un euro! ¡Un euro! ¡Un euro! ¡Un euro!

Ya cerca del barco, oí unas voces tras nosotros que gritaban mi nombre. Miré hacia atrás. Se trataba del matrimonio mayor, el señor y la señora Ortiz. Me detuve para esperarles. Me resultaban muy agradables.

—¿Cómo están? ¿De dónde vienen?

—Venimos del hotel Old Cataract. A mi mujer le hacía ilusión tomar el té allí, por lo de Agatha Christie, ya sabes, ja, ja, ja.

Se rieron y yo les imité.

—Es donde se alojaban los huéspedes en *Muerte en el Nilo*, ¿verdad?

—Exactamente —contestó el marido—. ¿Te gusta Agatha Christie?

—Algunas de sus obras, ésta en especial. Leo bastante, pero realmente las novelas de crímenes no son mis favoritas.

El señor Ortiz, Arturo, me señaló con un dedo y guiñándome un ojo con picardía, dijo:

—Creo que yo sé qué tipo de libros prefieres tú. O qué tipo de escritoras, por lo menos.

—¡Arturo, le vas a poner colorado! —exclamó su esposa, Marta. Pero me clavaba su mirada verde y brillante ardiendo en deseos de oírme confirmarlo.

Supuse que habían hecho tales conjeturas a causa de que no perdí tiempo para poner en vergüenza a su novio. Puede que incluso nos hubiesen visto a Natalia y a mí cogidos de la mano en Elefantina.

—¿Se refieren a Natalia? Es buena escritora, sí. Pero creo que dedica sus poesías a otra persona.

—¡A una que cuesta creerse! —exclamó Marta—. ¿No te parece increíble que una chica tan joven, guapa y exitosa ande por ahí con un renacuajo como ése?

Me sorprendió la exaltación con que lo dijo, pero como no podía estar más de acuerdo y estaba deseando expresarlo en voz alta.

—Lo cierto es que no hacen muy buena pareja. Pero algo verá en él que nosotros no podemos —aseveré contenidamente.

—Seguro que ella estaría encantada de hacer amistad contigo. Un profesor joven, guapo y simpático adorado por sus alumnos tiene que resultarle muy interesante. Ella no es nada vanidosa. Busca el momento de hablar un rato a solas con ella y ya lo verás.

Casi me sentí acosado, pero me reí de su comentario, pese a la enfática

seriedad con que lo pronunció.

—Sí, ya he hablado con ella algunas veces, y sí, la verdad es que es un encanto. Pero no creo que me encuentre tan irresistible como usted piensa.

—¡Bueno! Me parece que te menosprecias. Yo diría que tienes méritos más que suficientes para resultarle interesante a cualquiera.

Lo cierto era que empezaba a incomodarme un poco tanto celestineo.

—Con usted a bordo no voy a echar de menos a mi abuela, señora Ortiz.

Después de cenar subimos todos al salón bar discoteca, donde se celebraba un cóctel.

Una copa tras otra empezó a formar parte de su sangre, e ideas alegres, desinhibidas, que en otro estado hubiese considerado imposibles y locas, me llevaron a la pista de baile. Había visto que Natalia bailaba en ella, junto con sus amigos. Sólo faltaba su novio. Era un momento que debía aprovechar, me dije, la oportunidad de hacer caso a Celestina Ortiz, que, quién sabía, puede que tuviese razón.

Pero había mucha gente, demasiada gente. Una masa que me impedía acercarme a Natalia. La pista de súbito se había llenado y la había perdido de vista.

Vadeé entre la multitud. ¿Dónde estaría? En ninguna parte, no dentro de la pequeña pista retumbante iluminada por haces multicolores. Decayó mi ánimo. Debía encontrarla, ponerme ante sus ojos, decirle... Nada. No sería preciso decir nada. Soñaba con que todo resultase espontáneo y sencillo. Con que ella se lanzase a mis brazos. Con ese: “Eres tú, al fin te he encontrado”, que ninguno de los dos encontraría necesario pronunciar.

Salí de la pista y miré hacia las butacas ocupadas por Natalia y sus amigos. Habían vuelto a sentarse. Todos estaban allí, diciendo tonterías y riendo mientras sostenían cada uno una copa o un vaso alto lleno de líquido coloreado.

Alguien me tocó en el hombro y me susurró algo. Se trataba de un miembro de la tripulación informándome de que era el cumpleaños de Hassan y el capitán solicitaba mi presencia para el brindis sorpresa que iban a ofrecerle. Le acompañé; no tenía nada mejor que hacer.

Me había acometido un estado de resignación, de frustración e impotencia que el champán no hizo sino acrecentar. Me fui tan pronto me lo permitió la cortesía. Sería la media noche. Natalia ya había abandonado el salón, y también sus amigos.

Tambaleante, sin darme cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, abandoné el bullicioso lugar y subí a la cubierta. Quería hacer de mi nostalgia un cuadro romántico. Un ser solitario, torturado, acompañado por la luna rielando en el Nilo.

Asomé la cabeza lentamente desde los últimos escalones y oteé en busca de alguna persona.

En seguida descubrí a un pequeño grupo.

Me dio un vuelco el corazón.

Era Natalia.

Estaba allí, junto a Octavio y la otra pareja.

Pese a todo, no iban a obligarme a alterar mis planes, me deslicé a toda prisa y de puntillas hacia la zona de popa, allá donde se encontraban, cubiertas por un amplio toldo, las mesas y sillas del bar. Era la zona más oscura, pues el toldo impedía el paso de la suave luz de la noche. Pensé en sentarme en una de las sillas pues siempre me sentiría más digno que acucillado a escondidas tras una de las sillas. Sin embargo, descubrí enseguida el lugar perfecto donde situarme: junto a una oportuna torre formada por sillas apiladas que me permitiría ocultarse sin dificultad si era necesario.

Incluso sin parapetarme, desde mi posición podía permanecer tranquilo,

ya que la distancia y la oscuridad eran suficientes para que, si alguna de esas personas se volvía y detectaba una figura humana, fuese incapaz de distinguir su rostro.

Brillantes las estrellas y la luna en el cielo de negro immaculado, arrojaban su charco de luz plateada sobre un Nilo cuyas aguas daban vida a verdes palmerales y plantaciones en las lejanas márgenes. En ellas se distinguía también, de cuando en cuando, la mortecina iluminación de las frágiles y eternamente inacabadas casas de adobe. El barco navegaba lentamente, en un paseo tranquilo, y desde la proa, Natalia, Octavio y sus amigos disfrutaban del azote del viento, fresco y duro pero placentero, mientras contemplaban en silencio el discurrir de tanta belleza.

Natalia se había vuelto hacia Octavio. Aunque yo no podía apreciar los detalles, estaba convencido de que le miraba con los ojos brillantes y sonrientes.

Cerré los ojos y suspiré: “Estúpida. Estúpida. Estúpida.”

Quizá ella estaba enamorada. Quizá amaba o necesitaba tanto el amor que se hacía creer a sí misma que estaba enamorada. Quizá sólo se entretenía con un buen compañero sexual mientras le llegaba el verdadero amor. Pero ¿qué mujer podría considerar a esa cosa un buen compañero sexual?

Octavio sacó el paquete del tabaco y se encendió un cigarrillo. Oí a la otra pareja despedirse hasta el día siguiente, y, un poco después, también a Natalia que, ya desde la escalera, gritaba en dirección a Octavio:

—Diez minutos, ¿vale?, que me voy a duchar.

Una vez que ella se fue, perdí el interés en seguir allí y decidí irme antes de que lo hiciera Octavio, quien fumaba distraídamente, con la vista puesta en el horizonte.

Caminando de puntillas, me imaginé a ese ser en la cama con Natalia,

unos pocos minutos más tarde. En la intimidad. Lamiéndola, babeándola por todas partes, y...

En fin, no había nada que pudiese hacer para evitarlo.

—¡Eh! ¡Capullo!

Me hallaba a punto de descender el primer escalón cuando escuché aquel insulto, sin duda dirigido a mí. Por alguna razón, Octavio había decidido volver al camarote sin esperar los diez minutos que Natalia le había indicado y al acercarse hacia la escalera me había reconocido.

—¿Qué hay? —murmuré, dirigiéndole una mueca de asco.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —me preguntó en tono beligerante—.

¿Nos espiabas?

—Por supuesto que no —respondí, adoptando un tono igualmente insumiso—. Estaba allí sentado cuando vosotros subisteis. La cubierta no es privada, ¿no lo sabías?

—Eres tan ingenioso... ¿Y por qué no nos has advertido de tu presencia? He estado a punto de follarme a Natalia aquí mismo. Apuesto a que te habría encantado verlo.

Aquello me hizo alcanzar nuevas cotas de repugnancia hacia aquel enano presumido.

—Tío —le dije—, ¿no eres consciente del asco que das?

—No creas que no me he dado cuenta de la forma en que miras a mi novia —continuó—. Con esa ridícula expresión de ratón de biblioteca. Ni siquiera voy a prohibirte que lo sigas haciendo. Es todo lo que tendrás de ella. Das lástima. Eres un maldito trepa. Pero ella no es idiota, nunca aceptaría a alguien como tú.

Le miré comenzando a transformar mi expresión burlona en auténtica furia teñida de desconcierto. ¿De verdad aquel mindungui estaba buscando un enfrentamiento? Le faltaba un ápice para encontrarlo, desde luego.

—No estoy tan seguro —respondí—, sobre todo después de ver que sí ha aceptado a alguien como tú. Y yo no dejo de preguntarme por qué.

—Eres un auténtico imbécil —contestó descompuesto.

—¿Y qué eres tú, mierda inmunda? —Cargada de asco y desprecio, mi voz sonó ahora como un grito dificultosamente contenido, una explosión amortiguada por la razón—. Un fracasado miserable que experimenta su único triunfo en la vida hundiendo la autoestima de una persona superior a él.

—¿Qué estás diciendo, retrasado? —las palabras de Octavio produjeron un gruñido sibilante al escapar entre sus torcidos dientes.

Deslicé la vista por el cuerpo de Octavio sintiendo una súbita náusea de asco y desprecio. Los ojos grises, que, minúsculos en sus cuencas, me miraban con ofensivo desdén, produjeron en mí la súbita ansia de destruirle.

Por un instante me temí a mí mismo. Temía el odio que desbordaba, temía la obvia fortaleza de mi cuerpo frente a la raquíca constitución de mi enemigo. Yo era al menos diez centímetros más alto que Octavio, pero eran mi musculatura y la amplitud de mi pecho las que evidenciaban mi superioridad física. En un rápido movimiento, hubiera podido atrapar y triturar entre mis manos aquel cuello frágil, falto de virilidad, un cuello ridículo que no hubiera opuesto mayor resistencia a la muerte que un pajarillo.

Me ardía el rostro, pese al azote frío del viento, y mis manos se cerraban en puños con violencia. Si me daba una excusa más para descargarlos, como parecía que él deseaba, no iba a contenerme. Aplastaría aquella cara, desfigurando para siempre lo que fuese que Natalia hubiese visto en ella.

Algo en la actitud de Octavio denotaba un miedo básico, algo que, sin embargo, su expresión desafiante se esforzaba en ocultar. De un modo

inconsciente debió percibir los signos evidentes de una amenaza que no era fingida. Vea mis ojos enrojecidos, observándole con la fijeza con que un ofidio escruta e intimida a su presa, mi cuerpo rígido, en el que la respiración parecía haberse detenido como en un animal a punto de saltar sobre otro. Aunque Octavio me sostenía la mirada, su pecho se había hundido y sus brazos se alzaban instintiva y levemente preparándose para la defensa.

Su pie derecho dio un paso atrás.

—¿Qué te has creído, hijo de puta? —gritó, dándome inesperadamente un empujón en el pecho tan fuerte que me hizo trastabillar en medio de la escalera. Hubiera caído rodando por ella si no hubiese conseguido agarrarme milagrosamente a la barandilla—. ¿Crees que me vas a dar miedo? ¡Me pagarás lo que me hiciste delante de Natalia!

Ahora que el muy inmundo me había dejado claro hasta dónde estaba dispuesto a llegar él, matándome si podía, vi la puerta abierta para descargar mi ira. Tan rápido que Octavio apenas sí tuvo tiempo de prever lo que iba a ocurrir, me lancé sobre él y, sujetándole por el cuello, le obligué a recorrer varios metros caminando hacia atrás, hasta empotrarle contra una de las sombrillas de la piscina.

—Suéltame, cabrón —masculló Octavio, faltar de aire.

Pegué una sacudida a su cabeza que la hizo chocar contra el pie de hierro de la sombrilla. Octavio lanzó un quejido de dolor. Me miró con ojos atónitos. Quería protestar, defenderse, pero con cada intento mis dedos parecían incrustarse más fuerte en su carne y el esfuerzo de tragar aire le resultaba más pesado e infructuoso.

—¿Qué es ella para ti? —le pregunté, impasible a los signos de asfixia que comenzaban a hacerse evidentes: la pérdida de color, el extravío de los ojos—. Un ilustre apellido, una sucesión de premios en portadas de libros,

un billete de asistencia gratuita a fiestas de famosos, y gracias a todo esto y por encima de todo ello, tu propia y mediocre forma de triunfo: porque no hay mayor poder que el de quien destruye al más poderoso, y estrujando entre tus manos el corazón de Natalia crees situarte por encima de ella.

—Estás loco —pareció decir Octavio, pero su garganta fue incapaz de darle forma al soplo de aire que salió de ella.

—No vuelvas a hacerle daño. Te lo advierto. ¡No vuelvas a hacerlo! —le grité.

Con gusto hubiera apretado aquel cuello hasta que mis dedos la atravesaran la carne y los huesos, y la cabeza se desprendiese del tronco, pero conocía las consecuencias legales y la tabarra que me daría mi propia conciencia, de modo que, en un esfuerzo que por un momento creí imposible conseguir, solté el cuello de Octavio y me aparté rápidamente de él, como temiendo que una crecida de mi odio y violencia me obligase de nuevo a atraparlo y acabase esta vez con su vida.

Octavio se dobló sobre sí mismo, tragando aire anhelantemente.

Frente a él, en silencio, le observé durante largo rato. Me parecía un miserable, un alfeñique, que, tosiendo y masajeándose el dolorido cuello, doblado hasta casi tocar el suelo, emitía insultos broncos, incomprensibles, a través de una garganta inflamada

Decidí que tan pobre enemigo no merecía más atención por aquella noche. Ya debía haberle quedado claro quién era y sería siempre el ganador de cualquier enfrentamiento entre ellos, pese a que su dignidad le impidiese cualquier indicio de sumisión. Sin una palabra más, di media vuelta en dirección hacia la escalera.

Habría andado unos diez pasos cuando un golpe en la espalda me derrumbó. Quedé tendido en el suelo, boca abajo, por unos segundos paralizado por el dolor y la sorpresa.

—¿Y ahora qué, hijo de puta? —oí gruñir la voz colérica y enronquecida de Octavio.

Trabajosamente, Adrián ladeé la cabeza hacia la izquierda y miré hacia arriba. El rostro todavía amoratado de Octavio me miraba con expresión iracunda. Respiraba con fatiga y tenía las piernas separadas para evitar tambalearse. En las manos alzadas sostenía por las patas la silla de plástico con la que me había golpeado.

—Cobarde —murmuré.

Pese a que aún se encontraba débil por la falta de aire y el susto, la ira le dio fuerzas suficientes para descargar de nuevo el peso de la silla sobre mi cuerpo. Me golpeó repetidas veces. Dos, tres, cinco, siete... Me encogí sobre mí mismo, protegiéndome la cabeza con las manos, gritando de dolor cada vez que el duro borde del respaldo de la silla golpeaba mi columna. Mis gritos parecieron alimentar las fuerzas de Octavio, hasta que, de pronto, ante mi súbito y medido silencio, se detuvo. Entonces, con la espalda destrozada de dolor, giré velozmente sobre mí mismo y me incorporé lo suficiente para sujetarme a la silla y arrancársela a Octavio de las manos al tiempo que el impulso me servía para levantarme. Asesté un primer puñetazo sobre la cara de un Octavio agotado, sorprendido y asustado. Esta vez no hubo conciencia represora que me contuviese. Un segundo y un tercer puñetazo obligaron a Octavio a casi correr de espaldas, con los brazos elevados y girando hacia atrás como aspas de molino, luchando por mantener el equilibrio. Al cuarto golpe Octavio cayó a la piscina.

Me ardía la espalda, y los múltiples dolores sumados al esfuerzo de los puñetazos, propulsados con toda mi fuerza, me habían fatigado. Acusaba también las pocas horas de sueño de los últimos días y la debilidad causada por el alcohol ingerido.

Descansé de pie en el borde de la piscina, con los ojos cerrados, las manos masajeando los lastimados riñones y espalda, y la respiración agitada. La lección dada a Octavio había destrozado mi cuerpo pero relajado su mente. Estaba satisfecho de mí mismo. Pese a que aquel cobarde me había atacado por la espalda, yo había logrado ganar la pelea.

Al abrir de nuevo los ojos, lo primero que vislumbré fue la belleza imperturbable de un cielo tachonado de brillantes estrellas. Durante unos minutos me perdí en su quietud. Ante mí todo era cielo y horizonte. Cuanto podía verse en ciento ochenta grados se envolvía en una serena negritud bellamente alumbrada por la suave luz plateada del universo. Pero luego, bajando la vista hacia la piscina, descubrí el cuerpo de Octavio flotando boca abajo en sus aguas oscuras, como un fardo sin vida.

Por un momento se me fue la cabeza. Me dio un vuelco el corazón y un espasmo de horror e irrealidad me paralizó. No podía estar muerto, no de aquella forma estúpida, casual, impremeditada. En apenas unos segundos me vi arrestado por la policía, los interrogatorios en las comisarías egipcias, el juicio, los compañeros de celda...

En cuanto pude coordinar los pensamientos comprendí que debía lanzarme al agua e intentar salvarle, pues cabía la posibilidad de que aún estuviese con vida. Pero no me sentía con fuerzas para saltar. Al estirarme el dolor de espalda era tan grande que pensaba que alguna de mis costillas se había roto o estaba a punto de hacerlo. Bajé por la escalerilla, todo lo deprisa que pude, y nadé hasta Octavio, que flotaba en la zona más profunda de la pequeña piscina. Le cogí por un brazo y nadé, tirando de él, hacia la escalerilla. Él continuaba con la cabeza sumergida en el agua, pero yo no hacía pie en aquella zona y el estado de mi cuerpo no me permitía el riesgo de intentar darle la vuelta. Si una de mis costillas se rompía o, ya rota, se desplazaba... No podría soportar un aumento del dolor que era ya,

en aquel momento en que luchaba por desplazarse en el agua arrastrando el cuerpo, insoportable. Si mi situación empeoraba era probable que ni yo mismo lograra salir de la piscina. Al llegar a la escalerilla, enredé como pude los brazos de Octavio en la barandilla para evitar que se sumergiese mientras yo subía los escalones.

El agua fría de la piscina y los nervios me espabilaron y anestesiaron sensiblemente mis dolores. Ya arriba, tiré de los brazos de Octavio hasta lograr que la mayor parte de su tronco descansase sobre el borde de la piscina. Después, me acuclillé a su lado y, tirándole de los pantalones, logré subirle también las piernas. Le di la vuelta y le estudié en busca de signos de vida. Le salía sangre por la nariz y no parecía respirar. Le tomé la muñeca entre los dedos. Advertí que el pulso todavía le latía, débilmente, cada vez más débilmente. Sabía que debía correr en busca del médico, o, mejor, antes de eso, hacerle yo mismo el boca a boca. Un minuto de espera podía ser fatal. No sabía exactamente cómo hacer eso, pues mis conocimientos de primeros auxilios, como los de casi todo el mundo, procedían de las películas. Además, me daba asco apoyar la boca sobre la de Octavio, e incluso rozarle la cara, la cual se estaba llenando de sangre que brotaba de pequeñas heridas.

Entonces, como un fucilazo inspirado por los dioses, acudió a mi mente otra escena, una posibilidad diferente. ¿Y si simplemente le dejaba morir, como las parcas parecían haberlo decidido?

Recordé el mito platónico del anillo de Gilges, sobre el que tantas veces había meditado en abstracto. En la invisibilidad, el mejor de los seres humanos es capaz de cometer el peor de los actos. Y él ni siquiera era el mejor de los seres humanos. ¿Sería capaz, libre de las consecuencias legales que la visibilidad acarrearía, de dejar morir a aquel hombre, incluso de participar premeditadamente en su muerte? En aquel momento él era

invisible, nadie le había visto subir a la cubierta y sólo la fatalidad haría que alguien le viese bajar. Sin pretenderlo, se vio a sí mismo arrojando el cuerpo por la borda. ¿Cuánto tiempo tardaría en ser hallado su cadáver en el inmenso Nilo? Suficiente para que la descomposición hiciese desaparecer las huellas de la pelea. Con que el cuerpo de Octavio permaneciese unos pocos días en sus aguas nadie podría probar nunca que hubiese mantenido una pelea antes de caer, ni mucho menos con quién. Cierto que con la altura de aquella barandilla caerse era prácticamente imposible, pero... también lo sería el probar que él le había arrojado. Yo podía, deseaba, debía hacerle desaparecer. El pulso de Octavio seguía debilitándose entre mis dedos. Si yo no lo impedía, Octavio continuaría maltratando a Natalia, minando su moral hasta destruirla.

Me puse en pie con una resolución tomada.

Primero debía asegurarme de que nada me delataría. Si había manchas de sangre en el suelo me sería imposible quitarlas y tendría que dar marcha atrás en mi plan. Recogí la silla con la que Octavio me había golpeado. La observé con cuidado en busca de manchas de sangre. No había ninguna. La dejé correctamente colocada, junto a una tumbona. Escruté cada milímetro del suelo donde la pelea había tenido lugar. Tampoco había rastros de sangre, ni mía ni de Octavio. Sí la habría, muy probablemente, en el agua de la piscina, pero en una ínfima cantidad que a la mañana siguiente habría sido depurada, o, en cualquier caso, disuelta por completo. Me arrodillé de nuevo junto al cuerpo. Debía levantarle la camiseta por encima de la cabeza para evitar que la sangre, que brotaba de su cara en discreta cantidad, pudiese chorrear al transportarle.

Puse los pies a ambos lados de su pecho y le eché los brazos hacia atrás. Después, ahogando los gemidos e ignorando los dolores de mis costillas, di tirones a la camiseta al tiempo que levantaba sus hombros para

poder estirla también por la espalda, hasta que conseguí cubrirla con ella la cara, y, al hacer esto, Octavio empezó a toser, expulsando el agua de sus pulmones.

“¡Maldita sea!”, murmuré en mi interior. Me detuve durante unos instantes. Su cabeza cayó al suelo de nuevo y quedó gimiente, como adormilado.

Estaba vivo y con posibilidades de seguir estando. Bueno, ¿y eso qué cambiaba? Nada, me dije. Seguiría adelante con mi plan.

Comprobé que no hubiera caído sangre al suelo: lo encontré limpio.

Pensé que lo mejor sería tirarlo por la proa. De este modo existían posibilidades de que las hélices del barco destrozasen el cuerpo, eliminado así más rápidamente los indicios de violencia. Sin embargo, de repente se me ocurrió que era posible que alguien lo viese caer, pues suponía que el puente de mando, o como quiera que se llamase el lugar donde se hallaba el timón o lo que sirviese para gobernar una motonave tan moderna como aquella, estaría en ese lugar. Por tanto decidí arrojarlo desde babor, en la zona exacta donde sabía seguro que únicamente había camarotes, justo donde se encontraba el suyo, hacia la mitad del barco.

Me pregunté cuál sería la forma más sencilla de cargar con el cuerpo. Tal vez cogiéndolo en brazos, como a un niño, o con el peso repartido en ambos brazos... Finalmente, me arrodillé a un lado, me doblé junto a él y, tomándolo por las muñecas, comencé a arrastrarlo los metros que nos separaban del punto de la barandilla que había decidido que era el idóneo.

Me detuve. La camiseta se estaba enrollando bajo el cuerpo al arrastrarlo y la cara podía quedar al descubierto y manchar el suelo. Tuve que agacharme y levantarle la cabeza para volver a estirla. Octavio la movió ligeramente, sin proferir ningún sonido.

Llegué por fin hasta el lugar escogido y dejé el cuerpo en el suelo un

momento. Le pase mis brazos bajo los hombros y, despacio, procurando mantener la espalda recta para evitar lastimarla más, logré levantar su peso hasta colocarlo en equilibrio sobre la barandilla, con medio tronco colgando hacia el exterior.

Con el cuerpo sujeto, me pregunté por última vez si debía hacer lo que estaba a punto de hacer. Noté que los efectos del alcohol ya no eran tan fuertes y Pepito Grillo cobraba fuerza. Por desgracia, comenzaba a pensar, a inundarme de preguntas y temores.

El cuerpo de Octavio estaba caliente, pero silencioso, pese a que había expulsado el agua de sus pulmones. ¿Viviría aún? Mi conciencia estaría más tranquila en un futuro si sabía que estaba muerto cuando lo arrojé al río.

Deslicé trabajosamente el cuerpo hasta el suelo, con cuidado, hasta dejarlo tumbado. Maldecía la conciencia que me gritaba que merecía la pena asegurarse de que había muerto.

Le tomé el pulso. Un leve punto de energía latió bajo mi dedo con más fuerza que la última vez.

Vivía. Y estaba dispuesto a continuar haciéndolo.

Me puse en pie y miré hacia la orilla. Todo era paz, silencio.

Podría volver a levantar el cuerpo, colocarlo como estaba un momento antes y, en un único gesto desapasionado, arrojarlo por la borda como un fardo de ropa vieja. Caería limpiamente al río, sin que al mundo pareciese importarle.

Pero, no lo hice.

Suspirando, perdí la vista en la oscuridad de la orilla vecina durante un segundo.

Luego me marché.

Capítulo 4

Me contemplé con ansiedad en el espejo de mi pequeño baño.

“Por poco le mato”, pensé, anonadado.

A menudo me había preguntado si sería capaz de matar a otro ser humano. Me decía pacifista, sin embargo, ahora veía que en realidad no me costaba demasiado levantar el puño.

“Debe de haber sido la bebida. ¡Maldito alcohol!”

Pero no es que estuviera cien por cien contento por haber respetado finalmente la vida de Octavio y por haberme salvado de las consecuencias legales, por el contrario, me sentía irritado.

Me estudié detenidamente.

Había estado a punto de asesinar a un hombre. Sólo la suerte de la víctima, en forma de un momento de debilidad propia, lo había evitado. Pero no apreciaba ninguna de las emociones que había supuesto, que cualquier buen ser humano habría supuesto. Tan sólo sentía una multitud de dolores, cansancio y un deseo ferviente de poder dormir.

“Bueno –se dijo–, al fin y al cabo, no le maté”.

Habría un nuevo amanecer a la mañana siguiente. Uno al que Octavio asistiría porque él no era un asesino. O no del todo. O tal vez sí. Estaba claro que no se arrepentía de haber querido matarle. Pero, ¿se arrepentía de no haberle matado?

–*Gnothe seauton*–murmuré ante el espejo–. Aún no me conozco.

Me puse el pijama y me arrebujé entre las sábanas. Probablemente Natalia ya habría salido en busca de su novio, preocupada al ver cuánto

tardaba. Habría pedido ayuda y le habrían trasladado a la enfermería. Pobre Natalia. Qué noche la esperaba.

Al día siguiente mi despertador sonó a las siete y media. Me levanté nada más despertarme, rápido y lúcido, pese a que no parecía haber una sola zona de mi cuerpo que escapase al dolor, y, cuando, a las ocho, bajé al comedor para el desayuno, me encontré un revuelo de gente en la recepción. Crucé deprisa sin mirar a nadie ni permitir que nadie me viera, abriéndome paso entre la gente, y seguí mi camino hasta el comedor. Escogí una mesa arrinconada, me serví algunos pasteles y un par de bollos del bufé, y me dispuse a desayunar como cualquier mañana. Pero mi cerebro era un hervidero de pensamientos y preguntas que no iban a dejarme en paz. ¿Qué habría ocurrido la noche anterior? ¿Me habría delatado Octavio? ¿Qué estaría ocurriendo en la recepción?

Perdí el apetito. La comida no me entraba en el cuerpo y me dejé la mitad de los alimentos que me había servido.

Me entró ansiedad por enterarme de todo y me dirigí hacia la recepción, donde seguían congregado un gran número de personas, entre ellos, el matrimonio Ortiz.

—Buenos días, Marta, Arturo. ¿Sabéis ustedes por qué hay tanto jaleo? —pregunté, disimulando mi temor y mis nervios.

—Pues que ha desaparecido un chico, hijo mío —me respondió la señora—. Precisamente el chico del que hablábamos ayer; el novio de la escritora.

—Octavio Arcas, se llama —anotó Arturo.

Supongo que palidecí de asombro. Me hubiera esperado cualquier cosa excepto eso.

—¿Y cómo es posible? —pregunté—. Igual se quedó dormido en los sofás

de la cafetería, o..., no sé...

—Si llevan buscándole desde las tres de la mañana —continuó explicando el hombre—, cuando dio Natalia la voz de alarma, porque le había dejado en la cubierta hora y pico antes, y salió ella a buscarle por todas partes porque no venía, y no lo encontró en ningún lado.

—¿No te has enterado de que estuvimos parados casi dos horas? —me preguntó la señora con incredulidad.

—No, en absoluto —contesté con extremo interés y sincera sorpresa—. Estaba tan cansado que he dormido muy profundamente. No me he enterado de nada. ¿Qué pasó?

—Pues que detuvieron la motonave porque la chica tenía miedo de que el novio se hubiese caído al agua —prosiguió el marido—. Pero, figúrate... A la velocidad del barco, si se cayó pongamos a las dos de la mañana, a las tres o las cuatro ya estaría lejísimos de ese punto. Creo que estuvieron enfocando al río por si lo encontraban mientras registraban la cubierta, pero... Porque no se dijera que no hacían nada, porque, entre la distancia, la oscuridad y la anchura de este río..., si de verdad se ha caído no lo encuentran en la vida.

—Por no hablar de los cocodrilos. Llamaron a la policía —añadió Marta—, que me figuro que a estas horas estará buscando por la zona en que pudo caerse, pero...

—A estas horas estará en el fondo. O quizá haya sido devorado —completó su esposo.

—Pero, no es posible que se cayera, ni siquiera aunque se sintiese enfermo o mareado... —musité—. La barandilla es muy alta.

—Pues igual estaba borracho y se puso a hacer el tonto, a intentar sentarse encima o algo —contestó ella—. No sería nada raro porque yo misma les vi, a él y a su amigo, intentarlo la otra mañana.

–Sí, es verdad –confirmó Arturo–. Porque les llamó la atención un camarero, que, si no, alguno de ellos ya se hubiera caído en ese momento. De todas formas, la policía tendrá que investigarlo. Estamos esperando a que llegue, y supongo que no dejarán que hagamos las excursiones programadas ni que salga nadie del barco hasta que hagan su trabajo.

–Mira –le llamó la atención la señora–, ahí está una de las chicas que iba con él.

Mónica, la amiga de Natalia, estaba en el mostrador de la recepción. Me despedí del matrimonio para ir a hablar con ella.

–Mónica, ¿es verdad que Octavio ha desaparecido?

...

[COMPRAR EN AMAZON](#)